

edad no tiene elocuencia y si alguna pudiera tener se-
 ría la de los comentaristas.
 He aquí como la elocuencia marcha al compás de la
 civilización, de que puede decirse que no es mas que un
 reflejo. En Grecia se mostro grande cuando habia gran-
 des hombres y grandes ejemplos que poder imitar. En
 Roma fue tan brillante como pura, mientras se doble la
 rodilla ante la virtud política, y desapareció cuando los
 ciudadanos no supieron mas que prosternarse ante sus
 emperadores. De todo resulta que la elocuencia sigue
 y representa fielmente la situación de los países, que es
 poderosa en su juventud, débil y tímida en su vejez,
 que suena terrible en las tempestades y en las horas
 de peligro, mientras hay corazones que la acogan y tra-
 nos que la secundan; pero que solo exhala sonidos dé-
 biles, cuando los pueblos se hallan no en su sueño, sino
 en su prostracion, ó cuando victos y carcomidos, se ocupan
 tan con amortiguada luz, como un astro en el horizon-
 te, para aparecer despues con nuevo resplandor y brillo.



Hecho por el estudio un gran caudal de conocimientos
 los y clasificados e identificados éstos por la meditacion,
 deben ser muy detenidos y concienzudos los primeros
 trabajos en la elocuencia, porque en ella nada debe de-
 jarse á la espontaneidad, sino que todo debe sujetarse á
 las reglas para adquirir así el hábito de dirigirse por
 ellas aun cuando nos parezca que no se las atiende ni
 consulta.

Que se procure siempre entrar en materia con suma
 sencillez y ser notablemente claros en todo el discurso.

LECCION XIII.

La elocucion es el arte de ordenar principia-
 mente, porque el que se deja poseer de este vicio con-
 rioso, ya no lee en los modelos, en las reglas, y en la na-
 turaleza misma, sino á través de su imaginacion y de su
 fantasía, que crecen á proporcion que el orador mas
 se ejercita. Este es un defecto que palaja y ceba á mu-
 chos, y en que, por lo tanto, es mas difícil la curación.

Recapitulacion y consejos.

TOCAMÓS al término de estas lecciones en la parte de
 reglas ó preceptos sobre la elocuencia en general. An-
 tes de ocuparnos de la elocuencia del foro, conveniente
 será hacer una ligera recapitulacion de las observacio-
 nes mas importantes que han podido exponerse en lo
 que queda escrito.

Que no se olvide nunca la necesidad de estudiar y
 trabajar mucho para llegar á ser un dia oradores. Ci-
 ceron, antes de brillar en la tribuna, habia consumido
 muchos años en sus estudios y meditaciones, habia he-
 cho varios viajes á Grecia y Asia, para enriquecer su
 espíritu y perfeccionar la forma y galas del estilo; y De-
 móstenes habia mezclado su voz con los ecos que es-
 parcian las olas del mar Fócio al quebrarse contra la
 playa, consumiendo así muchas horas en continuos y
 perseverantes ensayos.

Hecho por el estudio un gran caudal de conocimientos, y clasificados é identificados éstos por la meditacion, deben ser muy detenidos y concienzudos los primeros trabajos en la elocuencia, porque en ella nada debe dejarse á la espontaneidad, sino que todo debe sujetarse á las reglas, para adquirir así el hábito de dirigirse por ellas, aun cuando nos parezca que no se las atiende ni consulta.

Que se procure siempre entrar en materia con suma sencillez, y ser notablemente claros en todo el discurso. La afectacion es lo mas funesto para un orador principiante, porque el que se deja poseer de este vicio contagioso, ya no lee en los modelos, en las reglas y en la naturaleza misma, sino á través de su hinchazon y de su petulancia, que crecen á proporcion que el orador mas se ejercita. Este es un defecto que halaga y ceba á muchos, y en que, por lo tanto, es mas difícil la enmienda; porque los que le tienen, confundiendo las palabras alitisonantes y huecas, los giros de extravío y de redundancia, con la verdadera dición y con el verdadero mérito, cada vez avanzan mas en ese laberinto, cada vez se afanan mas por cazar conceptos pedantes, frases ininteligibles y palabras sin verdadera relacion y sin verdadera propiedad; y así, empiezan por ser enfáticos é incomprendibles, y acaban por producir mónstruos. Muy otro es el camino que debe seguir el orador. Debe procurar ser tan claro, que lo entiendan perfectamente hasta los hombres de mas limitada inteligencia, de modo que se hagan la lisonjera ilusion de creer que son capacidades extraordinarias.

Que no se intente nunca decirlo todo, pero que se cuide mucho de presentar bien lo que se dice. En las pruebas principales se necesita consultar esta útil economía.

Cuando una prueba ha llegado al lleno de luz que admite, todo lo que despues se aumente y recargue, no hace mas que debilitar y destruir el efecto que antes se pudo producir. En la pasion tiene lugar la aplicacion del mismo principio. Las emociones vivas ó extraordinarias, no se prolongan nunca por mucho tiempo, y el modo mejor de inspirar el sentimiento, es ciertamente no prodigarlo.

Que se procure que en todo el discurso se note ese flujo y reflujo que forma la variedad, y que es el mejor atractivo, porque nada molesta y fatiga tanto como la monotonía, aunque sea en la línea de lo bello.

Que aspire en todas ocasiones el orador á apoderarse del lado nuevo que puede ofrecer la cuestion, porque como ha dicho un escritor ingenioso: "para ser perpetuamente interesantes, se necesita ser perpetuamente diversos." Esta es otra ventaja que tiene el orador sagrado sobre el profano. Los asuntos del púlpito jamas se agotan; porque las pasiones, los vicios, las virtudes, las reglas de la moral, la misericordia y la justicia divina, la gloria de la magestad, forman una rica mina, que se ofrece á una perpetua explotacion; mas el orador profano ve con frecuencia agotarse las cuestiones, especialmente en la tribuna parlamentaria, de cuyas materias se apodera primero la imprenta, y despues el debate, perdiendo aquellas en cada uno de estos tránsitos, toda la riqueza y novedad que tenian en el principio.

Procúrese conocer bien la línea divisoria entre la oratoria y la poesía. Esta última debe servir solo al placer, y admite, por consiguiente, todo género de digresiones, y todo linage de ficcion. La elocuencia, por el contrario, paga un tributo á la razon y á la imaginacion á la vez, y no permite sino la verdad, condenando las des-

viaciones, y todo lo que se aleje ó separe de la demostracion mas ó menos apasionada. El orador no trata solo de agradar; mas elevada, mas solemne é importante es su mision sobre la tierra.

Húyase de hacer concesiones generosas, porque esta generosidad, que se olvida frecuentemente en el mundo, se paga siempre muy cara en las luchas de la palabra. Aun no bien se ha soltado una prenda, cuando el adversario se apodera de ella, y la emplea como el ariete de los antiguos, en destruir las fortificaciones de su antagonista.

Sobre todo, que procure el orador ser dueño de sus pasiones, para poder dirigirlas como se dirige la nave al impulso de los vientos, en un derrotero rápido y feliz. Para esto es para lo que se necesita mas trabajo y mas ejercicios. Los dos extremos matan, y solo en el medio están el acierto y la inspiracion. El orador que no tenga pasion, no la hará jamas sentir; pero el orador que tenga un exceso de pasion, y que se deje dominar por ella, tampoco tendrá movimientos libres en la tribuna, y no hará otra cosa que sucumbir ahogado por esa sobreabundancia de sentimiento, que lleva á la sofocacion y á la nulidad.

Por esto ha dicho Buffon, sin duda, que los hombres demasidamente apasionados, no pueden ser nunca oradores. Para serlo, es menester dirigir, y no ser dirigidos; conservar cierta frialdad en medio del fuego, cierta calma en medio de las pasiones, y cierto dominio y templanza, en medio de las corrientes de la inspiracion. Cuando esto falta, las ideas acuden en tropel; las que nuevamente vienén, aumentan el desórden del espíritu; el corazon, no pudiendo regular el sentimiento, ve ahogarse y desaparecer las emociones que sentia; y perdido

el hilo de los conceptos, ya no se sabe por dónde se camina, ni se lanza mas que una palabra incoherente, incierta, dudosa y contradictoria, que nada expresa, sino la fatigosa y anhelante situacion de quien la pronuncia.

Se ha dicho que en esta parte perjudica tanto el defecto como el exceso, y en verdad no es menos temible que la exhuberancia de pasion, la falta de brio y de resolucion que produce la cortedad. “Hay oradores tímidos, nos ha dicho un crítico ilustrado, que se turban y desconciertan desde que ven que el auditorio fija en ellos su atencion, pareciéndose á la dama encogida y demasiado ruborosa, que anda mal cuando observa que la miran. Desde el momento en que el temor se apodera de nosotros, la lava se enfria, y la inspiracion muere. Es necesario, ademas, que la distraccion no nos ocupe ni un solo instante; porque un reposo funesto se trasluce en el discurso, tan pronto como la pereza triunfa de la voluntad.” Siempre atencion profunda y esmerada sobre el curso de las ideas; siempre cierta serenidad al ceder á los arranques; siempre osadía para moverse libremente en todos los giros que inspire la pasion. Esta es la obra del hombre; el orador lo hace todo por sí; y si permanece quieto, sosegado é indiferente á las emociones, no tiene que esperar que se repita en su persona el prodigio de Isaías, enviándole Dios un ángel, que toque con carbones encendidos sus labios yertos ó mudos.

¡Pero qué ventaja y qué superioridad da al hombre la elocuencia! ¡Qué triunfos le proporciona! ¡Qué coronas le ciñe! ¡Qué brillante reputacion le forma! ¡Qué momentos de inspiracion tan agradable y embriagadora! ¡Qué vida tan espiritual, tan recogida y expansiva á la vez, de tanto flujo y reflujo, de tanta concentracion, y de tanto y tan magnífico esparcimiento! El orador ve

con un placer indefinible, que en su boca las ideas toman otra vida, otras formas, otra fisonomía y otra expresión: ve que la palabra, rebelde para tantos otros, le obedece sumisa, presentándose cuando él la llama, y de la manera que él le ordena: ve que del mismo instrumento de que los demás no pueden sacar sino sonidos confusos, que sirven solo á una comunicacion escasa y oscura, él hace salir ecos misteriosos é inmortales, que se derraman por el espacio, acogidos por el entusiasmo y aplauso universal, para subir á los cielos.

¿Quiere aplicar su elocuencia al foro? Armado con la ley y con la palabra, que forman una alianza estrecha, perseguirá al malvado, y llamará sobre su cabeza el castigo que expia el crimen, y que pone en seguro á toda la sociedad.

¿Quiere defender al inocente, á quien injustamente se acusa y persigue? El bajará á los calabozos en que habita, le levantará de las miserables pajas que le sirven de lecho, le reanimará en su postracion desesperada, y le presentará á sus jueces y al mundo, con la frente erguida, con una mirada serena, con un corazon limpio, y con una conducta intachable. El orador habrá obrado este cambio, habrá mudado tan repentinamente los destinos, habrá quitado al inocente la túnica sangrienta del suplicio, le habrá arrancado de las manos del verdugo, y entregado á una familia que gemia entre la desolacion y la vergüenza, baja la cabeza por temor de encontrarse con la vista de los demás hombres.

¿Dirige el orador su palabra á las masas para hablarles de sus intereses, de sus derechos, de sus deberes, de su dignidad, para decidirles á grandes acciones, para inflamarlas é inspirarles un sentimiento elevado y heróico? Entonces es el huracán que todo lo conmueve y

todo lo agita; es la tempestad desencadenada, que se anuncia y revuelve en general estremecimiento; es el brazo poderoso é invencible, que derriba y postra cuanto se le opone ó resiste. Millares de hombres obedecen aquellos acentos, que cruzan por el espacio como un meteoro inflamado, y que penetran en el corazon como dardos, que no es posible ni huir ni arrancar; y al mandato de aquella palabra omnipotente, el pueblo se postra, se levanta, se irrita, se calma, grita, enmudece, provoca ó perdona, segun le señala la voz que sigue ansioso y embriagado, en todos sus rumbos y trasformaciones.

¿Se contrae la elocuencia á la prensa? Escribe libros que presentan y desenvuelven teorías, que fijan principios luminosos, que consignan y demuestran los derechos de los hombres, que trazan y señalan los caminos de su dicha, y que esparcen con la luz de la doctrina, la verdadera cultura é ilustracion de los pueblos. Cuando no quiere anunciar las ideas en grandes tratados de menos fácil circulacion y lectura, escribe folletos, periódicos, hojas volantes; y estas producciones ligeras y poco costosas circulan con admirable celeridad, salvan los muros de los palacios, entran en la choza del pobre, cruzan los mares, viajan por todas las regiones, se aclimantan en todos los paises, y haciendo un solo pueblo de vastos é inmensos territorios, los une y estrecha por un mismo dogma, por un mismo espíritu, y por una misma creencia.

¿Necesita la elocuencia anunciarse, por la boca de un guerrero, á las legiones que le escuchan y obedecen? Entonces toma formas gigantescas, es la osadía pintada de cuerpo entero, que se revela en las ideas, en las palabras y en las formas; que inflama y embriaga al soldado; que le hace buscar el triunfo y la gloria á través

de las privaciones y fatigas, y de los despojos de la muerte, esparcidos en todas partes por el brazo del Dios de las batallas. Esta elocuencia, que se anuncia como el soplo de la tempestad, como el rugido del leon, es la mas vigorosa y atlética. Triunfa de todas las preocupaciones, de todos los hábitos y de todos los temores; tiene por teatro los campamentos, por espectadores los combatientes, y por himnos los quejidos de los moribundos, las exhortaciones del valor, y los cánticos de la victoria.

¿Se contrae la elocuencia á las reuniones patrióticas? Ilustra y agita á un tiempo; es el ensayo de un gran drama, que se representa despues á la vista de una nacion entera, poniendo en escena sus derechos y sus intereses; es la escuela del debate, en que los alumnos aprenden la gimnasia de la palabra, para servirse algun dia de esta arma en medio de la admiracion de un pueblo, que saluda al vencedor con los estrepitosos aplausos de su entusiasmo.

¿Desciende la elocuencia á las tumbas para hacer oír sobre ellas el elogio de la virtud, y la inspiracion del dolor y del sombrío recogimiento? Entonces no es ya la nube que truena; es el númen que llora, es la tórtola que arrulla, es el quejido de los corazones lacerados, es el acento lastimero que hace verter lágrimas aun á los corazones mas duros, como la vara de Moisés hacia brotar agua de las entrañas de las piedras.

¿Aparece la elocuencia en su dia de fiesta y de gala, en las sociedades académicas? Entonces es su traje pulcro, su aspecto risueño, y su porte compasado y fino. No dice grandes cosas; pero las dice bien, se escucha á sí propia, y busca con ávidos ojos las muestras de asentimiento y aprobacion, tan mesuradas y circunspectas, como lo es ella misma.

¿Sube al púlpito para proclamar las verdades eternas, predicar la moral y enseñar la religion? Entonces se dirige á la razon por la razon y por el sentimiento; muestra el camino del justo, y convida á los fieles á que entren en él; los consuela y alienta en sus adversidades; les promete eternas recompensas, ó les amenaza con eternos castigos; se remonta á los cielos, y abriendo de par en par sus puertas de oro, derrama sobre el auditorio que le escucha, religiosos trasportes, torrentes de luz, de gloria y de esperanza.

Pero en lo que mas brilla la elocuencia, es en la improvisacion. No se prepara esta para la pelea limpiando sus armas, ciñendoselas despues con cuidado, y esperando, entre combinaciones y temores, que suene el toque de ataque. En cualquiera hora que se busque, en todo momento que se quiera, aparece el guerrero y se presenta el luchador. Come y duerme con su armadura, y no es posible sorprenderle. Siempre se halla preparado, siempre pronto y dispuesto para la defensa como para la agresion. En un instante traza su plan y lo ejecuta. Las ideas le acuden con una prontitud admirable, las frases se le ofrecen naturalmente con las formas mas oportunas y mas bellas, y las imágenes brotan de sus labios, como bullen en un rico manantial las corrientes puras y caudalosas que ocultaba en sus senos.

Tal es la fuerza mágica de la palabra, cuya teoría me he propuesto desenvolver en todas sus principales aplicaciones. Sentados ya los principios generales, paso á contraerlos á la elocuencia del foro.

